

---

## Médica en formación

Alejandra Cárdenas González

El dolor de mi abuela había comenzado en un diente, recorría la mandíbula y llegaba hasta la glándula parótida. Doris, mi abuela paterna, vive en Guacarí, uno de los pueblos del Valle que queda cerca a Buga. Tuvo siete hijos, seis mujeres y un varón. Ya sabrá el lector quien es el varón. Con tantos hijos es inevitable hablar de los 15 nietos, entre ellos yo. Somos una familia muy unida y eso se notó el domingo 3 de Octubre en la sección de urgencias de un reconocido hospital de Cali.

Como es habitual, ese día mis padres, mis dos hermanas y yo madrugamos a nuestra iglesia Misión Paz a las Naciones, ubicada en Las Vallas al norte de Cali. Regresamos a casa temprano y recibimos un recado de Guacarí. La muela vieja de mi abuela estaba empeorando y el dolor en la mandíbula era insoportable. Mi abuelita Doris lloraba y se quejaba inconsolablemente. En la casa se encontraba mi tía Lourdes quien conmovida no dudó en llevársela cuanto antes. El mensaje era precisamente ese, que iban camino a Cali, para ir a urgencias con la abuela.

Habían llegado las tres de la tarde, Dorita acababa de pasar la dura prueba del cuarto de priorización y estaba próxima a ser atendida por el médico general. Un familiar había conseguido que fuera vista también por el doctor maxilofacial; esa era la idea al venir a Cali así que todo marchaba según el plan.

A las tres y media más o menos, llegamos al hospital, papá, mamá, mis dos hermanas y yo. En la entrada de urgencias nos encontramos

con mi tía Liliana un poco preocupada. Nos contaba que Dorita había sido vista por un practicante que le mandó a tomarse una pasta para el dolor. Me pareció increíble que no fuera atendida debidamente, no la vio ni el médico general y el maxilofacial jamás apareció. La verdad es que me sentí frustrada, no solo por tratarse de mi abuela, sino también al contrastar la atención que uno puede esperar de un hospital público colombiano y de una clínica privada altamente reconocida, como en la que estábamos con mi abuelita.

Pensé que como futura médica o médica en formación, no habría dejado ir a una paciente muy entrada en edad, llorando a moco tendido, como dicen, y con su cara hinchada. Habría que verla para dimensionar su dolor. El caso es que entramos ya molestos a esa sala de espera típica de urgencias, un poco oscura... o será que la mente la vuelve así de solo pensar en el sufrimiento que pasa por allá. A la entrada había una camilla, los asientos, y detrás de los asientos el cuarto de priorización. Al lado había una máquina de comestibles, otra de refrescos y una de café; de cara a los asientos, las “taquillas de admisión”. A un lado, la puerta que dividía a los enfermos importantes de los no tan importantes que esperaban sentados en las sillas.

Mi familia estaba cerca de las máquinas. Una prima fue a un supermercado cercano a comprar agua y medias para mi abuela que sentía frío. Adriana, otra prima, me contaba con lágrimas que después de hablar internamente, mi abuela estaba siendo valorada por el médico general, y que si él lo consideraba, sería hospitalizada o vista de inmediato por un neurólogo. Minutos más tarde llegaron otros familiares. No miento cuando digo que por la abuela había once personas esperando su evolución, sin contarme yo.

Deseaba como nunca tener todo los conocimientos que requiero para ser doctora, entrar y ayudar a mi abuela como también a los pacientes “importantes” y a los “no tan importantes”. Quería decirle al practicante que fuera más atento; al maxilofacial y neurólogo, que no se hicieran los de rogar. Pero apenas estoy en primer semestre. No sé

---

nada en comparación a un practicante y ni siquiera tengo claro en qué me voy especializar.

En ese instante no valía lo que estaba viendo en la universidad. No me dejarían tocar a alguien porque ya me sepa toda la vía glucolítica y conozca más o menos bien la célula, ni porque al otro día tendría que exponer sobre medicina barroca en historia. Ni por saberme las proteínas de replicación, transcripción y traducción de ADN y tampoco por conocer diseños epidemiológicos, entender bioestadística, escribir buenas crónicas en Humanidades, leer a Oliver Sacks en Comunicación o ser una reciente fan de Dr. House. Estaba perdida. Lo que me hacía médica, no era suficiente ese día.

Cuando llegó mi prima con las medias, entró a ver a la abuela y salió con la noticia de que sería hospitalizada. A todos nos alivió la noticia pues significaba que saldría de allí estando mejor. Papá entró a despedirse de la abuela en nombre de todos y salimos de la clínica a las cinco de la tarde. No seguí auto frustrándome con el pensamiento y solo pensé como última reflexión: Cuando sea una médica voy a dar todo de mi para ayudar a los pacientes. No hay que ser insensible para lograr la objetividad; es necesario ser sensible para tener empatía.

Al otro día, antes de entrar a Lógica Matemática, mi celular sonó. Era mi mamá avisándome que la abuela tenía un absceso en la parótida, la más grande de las glándulas salivales. Me dijo que el absceso sería drenado y controlado por un otorrinolaringólogo.

Poco tiempo después, mi abuela salió de la clínica y el 18 de Octubre, un día antes de su natalicio, ya estaba festejando en Guacarí con un delicioso sancocho. No pude estar con ella en su cumpleaños número 82 ya que al otro día tendríamos el segundo parcial de Célula. Me sentí un poco mal aunque era necesario estudiar si quería ser médica.